

—Gracias; no gasto.

—Hombre, no seas fané, que te lo vamos á yamá. Aluego te fumarás un atao por la cintura, de éstos de la tabacalera, que es un puro veneno.

Y al bueno del Presidente le hacen probar el tabaco purgante y el amílico, antes de girar la visita de inspección, que debe reducirse á lo siguiente:

En primer término, se dirigen á la sala de baile, para practicar las correspondientes pruebas.

—A ver;—dice el director;—una que se baile dos jaleos en un abrir y cerrar de ojos. Qye, tú, ninfa; pégale cuatro patás al presidente.

—¡A mí qué me ha de pegar!—exclama el del Consejo;—¡que se las pegue á su abuela!

—Nó, hombre, nó; es un decir.

La muchacha, colocada en un tablado, arma un escándalo con los piés, y los visitantes se quedan tan satisfechos.

De aquella cátedra pasan á las diversas del cante; practican en todas la misma prueba, y entran, por

último, en la sala de armas ó sala de lo criminal, que por sí sóla forma la segunda parte de la academia.

El Director dirige el mandato de costumbre.

—A ver, enseguida; uno que pegue dos puñalás al señor.

—Pero, hombre; ¡aquí ván á acabar conmigo!

—No hay cuidao; si las navajas son de guardarrropía.

En vista de la órden, sale un valiente al ruedo, le pinta al Presidente dos jabeques, y ¡a vivir!

Terminada la prueba, el Presidente del Consejo de Ministros se dá por satisfecho, felicita cordialmente al director, con quien choca los dátiles, y sale de la academia..... ¡escupiéndolo ya por un colmillo!

—

Pues ésto es, precisamente, lo que se necesita. De otro modo, la flamenquería irá degenerando.

Ya no hay aquellas manolas, ni aquellos manolos de remotos tiempos.

Los flamencos de hoy, no son chicha, ni limoná. Muchos forasteros, al llegar á Madrid, se dirigen al barrio de Lavapiés, donde piensan encontrar los flamencos que han visto pintados en las novelas.

Ya no hay resto alguno de todo aquello que nos contaron nuestros abuelos.

Desaparecieron, si alguna vez han existido, aquellas manolas que lucían á todas horas los ricos pañolones de Manila, y aquellos chavales que usaban á todo trapo las fajas de seda.

Hoy los flamencos son más en cantidad y menos en calidad.

El lenguaje también se ha prostituido mucho.

Su degeneración queda probada transcribiendo el siguiente diálago, cogido *infraganti* en las inmediaciones de la Plaza de la Cebada:

.....
—Que te digo que no quiero.

—Mira, Bastiana, no seas tan descastá con un hombre que te adora y que te aprecia

y que sabe distinguirte.....

Conque afloja la moneda,
porque no ha de verlo el ama
cuando te ajuste la cuenta,
manque falten de la compra
dos riales ni una peseta.

—Vamos, que nó te lo doy.

—Mujer, no me seas terca;
se te pone en ese moño
cá cosa que me revienta;
ésos son bulos, Bastiana,
manque tú no me lo creas;
y éso no es tener cariño,
ni compasión, ni..... Vergüenza
me daría, mayormente,
el pedirte una peseta,
si no me hiciera la falta
que me está haciendo.

—¿De veras?

—Que te digo que sí, vamos;
estruja el bolso y arrea,

y si tiés güena memoria
lo apuntas luego á la cuenta;
que si mal no me recuerdo,
te debo ya tres pesetas
que te pagaré en cuantico
tenga ocasión.

—Pero aspera;

¿pa qué te hacen á tí falta
dos riales ni una peseta?
¿No te mantiene tu madre?
¿No estás fumando á mi cuenta?
—¡Me paice!

—De lo que esfalco
de la carne y de la verza.
—Eso es otra cosa.

—Güeno,
la cosa sale la mesma.
Te hace falta á tí pa vicios.
—¿Quieres callar esa lengua?
Que tú no haces más que hablar,
sin saber lo que te pescas.

¿O tú vás á llamar vicio,
al entrar en la taberna
con cuarsiquier compañero
pa tomarnos unas medias?
¿O al ir en cá del Barajas
pa jugar una docena
de duros, si á mano viene.....
y si no viene, de perras?
¿O es vicio el ir por la calle
con una barbiana de esas
que le comprometen á uno,
porque uno es guapo y gatera,
manque esté mal el decirlo?
Mira, Bastiana, confiesa:
dí que no me tiés apego,
ni cariño, ni concencia,
mayormente.....

—Calla ya,
y guarda esas dos pesetas
que he sisao hoy de la compra.

—(Sisar es.)

—Y pa que veas

que se te quiere, arrastrao,
no las apunto á la cuenta.
Y ahora, á ver cómo te portas.
—Bastiana; éso no lo alviertas;
sabes que me sé portar
con toda la deligencia
de un caballero que sabe
guardar to las deferencias
que merece una señora
de circunstancias.

—¡Arreal!

Pués echar por esa boca
todo lo que se te ofrezca,
que estoy oyendo llover.
—Pus nó lo he notao siquiera.
—Pero mira, voy pa casa,
que he tardao más de hora y media,
y estoy temiendo que el ama
me vá á armar la escandalera.
Güelvo á salir de aquí á un rato;
tú me aguardas tan y mientras.

—Con mucho gusto, Bastiana;
asperaré hasta por séculan,
que lo has menester.

—¡Pus digo!

Hasta dimpués.

—Adiós, prenda.

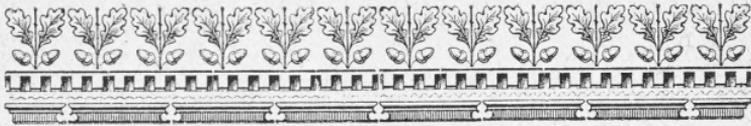
. , . . .

¡Cuidiao, que sé yó sacar
los cuartos à la parienta!.....

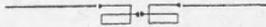
¡Si me gasto una pupila!

Pero, hombre, ¡mardita sea!.....





La feria de Madrid.



¿Ún la hay, aunque no lo parece.

Pasa con ésto lo mismo que con la vergüenza de algunos políticos.

La tienen; pero no lo representan.

Consistirá ésto, acaso, en que la tienen sin estrenar.

Con su pan se la coman.

Allá ellos.

Y ahora, vámonos á la feria, que es el límite de nuestro camino, al cual límite podríamos haber llegado ya.

Pero estos malditos tropezones.....

La feria se ha trasladado de domicilio.

Antes tenía su asiento en el salón del Prado.

Pero, por lo visto, no gustaba de griterías ese Dos de Mayo, que es un intrigante, y metió cuña para que desapareciera de la vecindad el huesped de todos los años.

¡Claro! ¡Se relaciona con tantos *titulos*.....

Es el caso que la feria se marchó á tomar el fresco del Retiro en la calle de Alfonso XII.

Ello tiene bien poco que ver; pero bastante que oír.

Hablan allí las avellaneras más que en el Congreso cualquier diputado de la mayoría.

¡Qué tiene que ver!

¡Otro tanto más!

—¡Que tengo las ricas *avellanas*!—gritan.

—¡Quién me compra el *tostao*?

Y venden ellas *el tostado*, lo mismo que si estuvieran vendiendo á peso la última edición del diccionario de la Real Academia.

Esto, las casetas en que se venden monigotes de barro y los puestos de á real y medio la pieza, son los elementos que constituyen la feria en su mayor parte.

Lo que más abunda, son los instrumentos de *rüido*;—como dice Carulla el poeta, para medir los versos á gusto del consumidor.

El teatro de la bulla, ó séase, el lugar de la feria, está hecho un bazar de música.

Hay allí una magnífica colección de pitos de todos los tamaños y diversas formas.

Hoy un pito, un instrumento músico de tanta trascendencia, principalmente para presenciar una corrida de toros y hasta algún estreno en tal ó cual coliseo de la clase de baratos, está al alcance de todas las fortunas.

Por éso son muchas las que en los días de feria se derrochan en los baratillos.

Las mamás son fácilmente conducidas á dichos puestos de música por los mimosos frutos de sus entrañas.

—Cómprame este pito, mamá;—dice un angelito en estado de tierno.

—Nó Justín, nó; si tú ya le tienes.

—Que nó le tengo, —contesta la criatura enjugándose una inocente lágrima.

—Pues ¿y la flauta de tu papá, aquélla que te compró hace cuatro días?

—Me la estropeó la criada.

—¡Quitate de ahí; porque no sabes guardar lo que se te compra. ¡Quince céntimos tirados á la calle en cuatro días! ¿Le parece á usted?

—Mira, mamá,—replica Justito que no paraba mientes en el *sermón*,—cómprame este monigote, que también es un chiflato.

—Niño, ¿qué es lo que dices? ¡Qué monigote ni qué cuerno! ¡Si ese monigote es Cánovas!

—¿Es Cánovas ése que tiene el silbato en la barriga?

—Es su caricatura; como podrían haber puesto la de tu papá, si fuera hombre importante.

—Anda, mamá; cómprame un Canovas.

—Nó, hijo; si Cánovas no se venderá, probablemente.

—Pregúntale á ese tío, á ver si le vende.

—Diga usted, buen hombre: ¿se vende Cánovas?

—Señora; éso pregúnteselo usted á él; ¡Yó qué sé si se vende!

—Nó; digo que si vende usted esa chifla que representa á Cánovas.

—¡Ah! sí, señora, sí; vendemos todo lo del mostrador.

—¿Y cuánto vale?

—¿Qué cuánto vale todo lo del mostrador? Pues un dineral; pero, á punto fijo, nó lo sé.

—Nó; que cuánto vale Cánovas, pregunto.

—Pues también pregunta usted unas cosas.... ¡Vaya

usted á saber lo que vale Cánovas! Sus amigos dicen que vale una barbaridad!

—Hijo: ¿quiere usted entenderme? Digo que cuánto cuesta este Cánovas que tiene usted aquí.

—Este Cánovas, para usted, cinco reales.

—¿Y para el niño?; porque es para mi niño el juguete.

—Para el niño vale otros cinco reales.

—¿Pero no es ménos?

—Ni un céntimo más barato.

—Entonces, vamos á casa, hijo. ¡Jesús, qué barbaridad! ¡No lo he oido en mi vida! ¡Valer un Cánovas-chiflato cinco reales! Pues, hijo: ¡ni que fuera de plata! ¡No los doy por el original!





Política con gotas.



CONQUE decía usted que.....

—Nó lo dude usted, Don Anacleto; los nuestros subirán.

—También á mí me lo está dando el corazón.

—Muy pronto se posesionará de las riendas Don Carlos de Borbón y Este.

—¡Hombre! ¿Qué *éste*? ¿este cura?

—Nó, señor; Borbón y Este.

—¡Ah! Pensé que hablaba usted del *otro*.

—Pues, sí señor; no lo dude usted; muy pronto cogerá las riendas.

—¿Qué? ¿Arrastra coche?

—Nó, señor; ahora arrastra, como si dijéramos, un carro de mudanzas; porque ya sabrá usted que se queda con la corona de los franceses.

—¡Pobre señor! ¡Estará agobiado!

—¿Por qué? ¿Por el peso del carro de mudanzas? ¡Hombre; materialmente tirar de él..... no tira!

—Nó; lo digo por el peso de las dos coronas; porque doy como cosa corriente que se quedará con la nuestra también.

—¡Ah! Nó tenga usted cuidado; se las haremos de una cosa que pese poco: de raiz de ciruelo, supongamos; se muere él por las coronas de ciruelo. En cuanto á lo de quedarse con la nuestra, sin dudar un momento; ¡ya lo ha dicho él!

—¡Es mucho hombre este Don Carlos!

—Pues usted no sabe la mala voluntad que le tienen todos.

—¡A quién se lo cuenta usted! ¡Todos los días me leo dos veces *El Siglo Futuro!* Lo que es los fusionistas, no le pueden ver.

—Porque están esperando que de un día á otro les *coma el pan*.

—Ya se lo dirán de misas.

—Por supuesto, que las misas las dirá alguno del partido, ¿éh?

—Desde luego.

—¿Desde cuándo?; porque tengo yo un pariente que está de presbítero en la Rioja.....

—Lo que ahora le está dando que hacer al Gobierno, es lo de la agricultura.

—¡Qué! ¡Se querrá meter á hortelano; como si lo viera! ¿A que siembra melonares?

—Nó, señor; ahora parece que se trata de una cuestión sobre los agricultores.

—Hombre, éso no me parece bién. Harto trabajo tienen ya, para que ahora se trate una cuestión *sobre* ellos.

—Pero verá usted como lo hacen todo al revés los hombres de la actual situación.

—¡Ah!; por de contado, ¡Concluirán porque se les suban los cereales á la cabeza!

—

Estos no son más que chismes de los enemigos del Gobierno, con los que pretenden ir carcomiendo el edificio de la situación.

Cuando se toman con más calor estas cosas es en la época de apertura de Córtes.

Entonces se desarrolla en grandes proporciones la chismografía.

Y es cuando todos los políticos están preparando sus *trastos* para la *jaena*.

Generalmente hay muchos descontentos, aún en el mismo partido que rige los destinos..... de más ó menos sueldo.

Estos políticos son los temibles.

Y éstos son los que se aprestan, con todo el arrojo del acreedor que no cobra, á hacer una cruda guerra al Gobierno.

Lo cual que éso de la *guerra cruda* tiene con cierta comezón á muchos ciudadanos.

Porque, lo que dicen ellos: ¡no ha de ser cocida ó guisada con patatas!

En fin; yó en este asunto me lavo las manos, como Herodes.

Lo cierto es que la guerra, cruda ó en escabeche, se hace.

Conozco á un honrado padre de familia, que está dispuesto á hacer una barbaridad, según él de público asegura.

—Mire usted, —dice á todas horas á sus vecinos;—yo tengo un hijo en éso de los consumos; y el chico está, como el otro que dijo, para lo que le mandan; pero yó nó lo puedo consentir.

—Dice usted bién;—repone el paciente interlocutor;—su hijo merece mucho más.

—¡Que si merece! Pues ya lo creo..... Merece una cabezada y yó otra, porque lo estamos consintiendo.

—¡Ahora lo ha dicho usted; sí, señor!

—Pues claro, hombre; si ya estoy yó de Sagasta hasta aquí.

—¿Hasta dónde ha dicho usted?

—Maldito lo que se acuerda ya de mí para nada. Porque le advierto á usted que *yó* y *él* hemos comido en un mismo plato, cuando aquéllo de Somorrostro.

—¡Pues digo!

—Sí, señor; yo le servi una noche la cena, y me comi después las sobras con mucha tranquilidad, y sin tener *aquel* ninguno de que él hubiera comido antes.

—Vamos, sí; usted tiene mucho desahogo para ciertas cosas.

—Pues él está como si nada hubiera ocurrido entre los dos.

—¡Parece mentira lo *descastadotes* que son algunos!.....

—Pero le aguardo á las primeras elecciones, y entonces será la mía.

—¡Bien hecho!

—Le aseguro que ya ha cogido los votos que yó le tenga que dar! Siete sacábamos en la familia. y, para éso, uno vale por tres; porque pesa nueve arrobas y le apuntaban por tres electores.....

Y hé aquí lo de la *cruda guerra* que arriba se deja apuntado.

En los círculos se hace la política en otra forma más elevada.

Allí no se habla de un empleado en consumos....

Se habla de un empleado en el Ministerio de tal ó cual cosa, ó en la sección ésta ó en la otra ó en la de más allá.

Los políticos de casa grande pueden mostrarse descontentos, como los de humilde choza; y así lo hacen ver igualmente.

—Pero ¿ha visto usted, ese Don Venancio González, qué suerte tiene?—exclama el marqués de la X ó el vizconde de la M.

—No me hable usted de esas cosas;—contesta con marcada altanería el barón de la Y griega.

—¡Quién lo había de decir cuando vino de Lillo con una suela así de gorda!

-- ¡Y ahora, convertido en presidente del Consejo de Estado!.....

—*Decididamente*; nosotros no estamos conformes con la marcha del gabinete.

—¡Qué gabinete ni qué cuernos! ¡Si éso no es más que un gabinete..... de consultas y operaciones!

—Sagasta nos posterga.

—Esto no puede seguir.

—Hablabamos un día de éstos en las Cortes y armaremos un escándalo.

—¡Vaya si lo armaremos!

—A la primera proposición que haga el Gobierno.... ¡diremos que *nó!*

Y vuelta á la guerra, bién sea cruda, bién en pepitoria.

Es natural que haya muchos descontentos en todas las situaciones.

La política es, pongo por comparación, lo que un tablero de ajedrez; en donde unos ocupan el lugar de las torres ó los alfiles, por ejemplo, y otros el de *meros* peones,

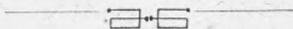
Pero se llena todo el encasillado, y se acabó el turrón.

Lo chistoso es que no quedan vacías, ¡ni las casillas de los caballos!





Disgustos pascuales.



s temible el nacimiento del Mesías.

Todos los años le nace un hijo á Nuestra Señora.

Lo mismo que á la mujer de Don Lesmes Vinagrera, que fué del ramo de Fomento en tiempo de los conservadores.

Ese nacimiento anual nos acarrea muchos disgustos.

Dicen que las criaturas nacén con un pan debajo del brazo.

Pero ésta no nos trae más que desazones.

Sólo con los azares de la obligada lotería, es suficiente para que se quiebren las cabezas de casi todos los humanos.

¡El gordo!

Ese maldito premio grueso de la rifa pascual es el que dá la desazón á todo el mundo.

Y muy principalmente á la señora de un empleado en minas, que todos los años lleva diez y siete reales en un décimo que compra el marido de la del entresuelo.

Pero cuando nació la última vez el Redentor del Mundo, ocurrió un suceso extraordinario.

La señora del de minas vertió, sin querer, todo el tintero sobre la cuenta de la lavandera.

—Mira, Sebastián;—decía á su esposo, mientras chupaba la tinta con un cucurucho de papel secante;—ésto nos vá á traer la suerte; me lo está dando el corazón.

— Qué ¿es mascota la lavandera?

— Mascota, nó sé si lo será; pero que nos trae la suerte, nó me cabe duda. Vete enseguida á por un billete entero.

— Pero, hija; si éso cuesta dos mil reales; ¿de dónde los vá á sacar un hombre que gana cuarenta y cinco duros al mes y un hijo al año?

— Pues trae un décimo, pero que concluya en cuatro..... Acabo de apuntar cuatro pares de calcetines.... ¡Lástima de billete, porque era el gordo, seguro!..... que no deje de concluir en cuatro; ya lo sabes.

— Bueno, mujer; concluirá como te dé la gana.... y tú concluirás conmigo dentro de muy poco tiempo.

A los cinco minutos está de vuelta en su casa el padre de familia, provisto del décimo, núm. 12.574.

Y desde aquel instante, la casa del empleado en minas rebosa alegría y contento por sus cuatro pares; porque toda la familia cree tener agarrado el premio obeso por los cabezones.

—Sebastián, han llamado á la puerta; ya sé quién es; alguno que sabe el número que tenemos y viene á comprártele; pero no le des ni por un ojo de la cara.

— ¡Yó qué he de venderle por un ojo! ¡Qué falta me hacen á mí los ojos de nadie!

En aquél momento entra el número tres de los nueve de familia, diciendo:

—Papá, papá; ahí está ese señor de la peluca, que te hace rabiar tanto todos los meses.

— ¡Dios mío, el casero! A ése sí que le voy á saltar el ojo, por el gusto de que nó vea más que la mitad de lo que cobra!.....

La señora del de minas durmió con el gordo y soñó con el número 12.574 hasta la víspera de Noche-Buena.

Aquella mañana entró en su casa Don Sebastián, diciendo:

—Aquí tenemos el gordo.

—¿Ves?,—contestaba su esposa,—si nó podia

menos; me lo estaba á mí dando el corazón. ¿Para qué no cogiste todo el billete?

—Pero, hija; si el gordo de que hablo es Tomás, el primo que tenemos en Sigüenza tocando el piporro.

Todos fueron sustos y sobresaltos para la señora de Don Sebastián, desde que compró el décimo.

¡Qué de ilusiones!

En todas partes creía ver á su marido y los nueve vástagos cargados de talegas.

La esperaba el más terrible de los desengaños.

La más amarga de todas las verdades.

¡Por ciento veinte números no la tocó el gordo!

Tan grande fué la decepción, que al recibir la fatal noticia ¡se comió el décimo!

—

Pero nó concluyen aquí los disgustos pascuales.

Es más temible aún la manía de las felicitaciones.

Desde el veinte de Diciembre, día más ó menos,

hasta el advenimiento de los Magos Monarcas, se desarrollan de un modo lamentable los sentimientos humanitarios.

En esos días, medio mundo se dedica á desear todo género de felicidades al otro medio, mientras éste desea que la mitad restante se rompa el bautismo con toda felicidad.

Vá adquiriendo proporciones colosales la malhadada costumbre de las felicitaciones.

Llega usted á casa, y lo primero que se encuentra son tres ó cuatro tarjetas en que le desean felices pascuas.

Una del sereno del barrio, otra del farolero de la calle, y otra de los barrenderos.

En fin, de todos los que ocupan un puesto oficial.

La costumbre de desear buenas entradas y salidas de año se vá estendiendo hasta tal punto, que dentro de poco se tendrá que pedir *vez* en las casas para felicitar á los *parroquianos*.

Para andar por la calle, se necesita ir siempre dispuesto á parar los sablazos, porque le acosan á uno por todas partes.

—Adiós, Don Timoteo.

—Ola, Don Torcuato.

—¡Usté por aquí!

—Sí, señor; me estoy pegando una ración de vista.

— ¡Valiente capón trufado!

-- ¡Superior!

—Hombre, ¿y qué hay de aquéllo?

—(Vaya, salió; el *aquéllo* de este tío serán dos pesetas.) Pues de aquéllo, le diré á usté; le sacaron de la cárcel.

—Vamos, menos mal.

—Pero le llevaron á presidio.

—¡Qué me cuenta usté!

—Lo que usté oye.

—¡Jesús qué lástima!

—Sí, ha sido una lástima, ya lo creo; principalmente para él.

—Vaya, Don Timoteo, pues celebraré que pase usted felices pascuas.

— ¡Nó tengo suelto!

Es una pegiguera ésto de las felicitaciones.

Lo peor es que no tiene uno á quién dirigirse.

La única esperanza que resta es el correo.

Porque no falta un alma generosa que remite de tal ó cual punto un cajón que contiene este ó el otro artículo propio de Navidad.

Estos dias se espera en todas partes al cartero con marcada impaciencia.

—Han llamado; ése es el cartero; cuando ménos, traerá un talón de cuatro ó cinco jamones; justo, es el cartero..... felicitando las pascuas!

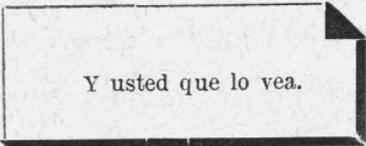
Y entonces es cuando se llega á la desesperación.

En vista del impulso que el vicio de las felicitaciones vá tomando, están ya inventándose medios para salir *ilesos* del apuro.

Conozco á un caballero particular, importante

punto suelto, que tiene sus correspondientes tarjetas para las ocasiones.

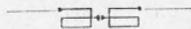
Y á todo el que le desea felices entradas y salidas de año, ú otra felicidad de tanta monta, le contesta con el tarjetazo siguiente:



Y usted que lo vea.



Señoras benéficas.



FORTUNADAMENTE para los desgraciados, no faltan en Madrid.

En cuanto ocurre una gran catástrofe en que perecen mil infelices, y otros mil quedan sin recursos, las señoras procuran allegarlos para calmar sus males, á cuyo efecto llaman á las puertas de la caridad.

Porque cada una tiene su caridad en su armario.

Y como ocurren esas desgracias con frecuencia, las señoras realizan, con frecuencia también, actos caritativos.

Generalmente se dá un baile de á tanto el billete, que proporciona grandes rendimientos.

Pero lo más productivo es una rifa benéfica, una *Kermesse*, una exposición, etc.

Y ¡cuidado que tienen que ver estas exposiciones!

En primer lugar son exposiciones de caras bonitas; porque las damas se dedican á vender los objetos que, con destino á las mismas, han regalado.

Este es un aliciente de primera fuerza; sobre todo, para los corazones ardientes.

Que no faltan.

En segundo lugar, exposición..... á perder los estribos cualquier ciudadano, á la vista de aquellas hermosas medias naranjas.

Asímismo hay exposición..... de caudales.

Y ésta es la más gorda.

Porque ¡es claro! ¿quién se acerca á aquellas exposiciones sin tomar alguna cosa, á cambio de unos miserables céntimos?

Los jóvenes espontáneos se mueren por encontrarse en estos compromisos.

Conozco á un elegante, barón bajo su palabra de honor, que en tales casos examina siempre los objetos expuestos, haciéndose el distraído, esperando que se le acerque alguna aristocrática vendedora, para demostrarla que es muchacho *de principios*.

—Jóven, jóven;—le dice la primera dama que le pesca á tiro..... *de sable*;—no se vaya usted sin comprarme esta azucena.

—Con mil amores.

—Dos pesetas.

—Y todas las que me traiga usted se las pago á ese precio.

—Hoy no me quedan más que estas tres docenas; pero vuelva usted mañana, que recibiremos una remesa, alta novedad, llegada de París,